

Capítulo 2

No puedo hablar, no puedo caminar, no puedo alimentarme ni ir al baño por mis propios medios. Un plomo.

A pesar de la rigidez de mis manos y de mis brazos, puedo aplastar los botones del control remoto del televisor y mover la silla de ruedas con la ayuda de unas perillas. Sin embargo, no puedo sostener una cuchara o un lápiz sin que se me caigan y mi equilibrio es nulo: Humpty Dumpty tiene más dominio del cuerpo que yo.

Cuando las personas me miran, supongo que ven a una chica de cabello oscuro, corto y rizado, amarrada a una silla de ruedas color rosa. Por cierto, el hecho de que la silla sea rosa no tiene nada de simpático: el color no cambia nada.

Podrían ver a una niña con ojos oscuros llenos de curiosidad, si no fuera porque uno de ellos está ligeramente torcido.

Su cabeza se bambolea levemente.

Y, a veces, se babea.

Es realmente diminuta para tener diez años y nueve meses. Tiene piernas muy delgadas, probablemente porque nunca las usó.

Su cuerpo tiende a moverse descontroladamente y, algunas veces, en forma inesperada, los pies lanzan patadas y los brazos se agitan y le pegan a lo que se encuentre cerca: una pila de CDs, un tazón de sopa, un florero.

En verdad, no tiene mucho dominio de sus miembros.

Quizás, una vez que las personas hayan terminado la lista de todos mis problemas, se tomen un instante para notar que tengo una sonrisa razonablemente bonita y hoyuelos profundos. Creo que mis hoyuelos no están nada mal. También llevo aretes de oro.

A veces, la gente ni siquiera me pregunta el nombre, como si no fuera algo importante. Pero lo es. Me llamo Melody.

Tengo recuerdos de cuando era muy, muy pequeña. Claro que es difícil separar los recuerdos reales de los videos que papá grabó con su cámara, pues los he mirado millones de veces.

Mamá trayéndome a casa desde el hospital. Tiene el rostro sonriente pero los ojos entrecerrados de preocupación.

Estoy acurrucada en una bañera pequeñita para bebés, los brazos y las piernas muy delgados. No salpicaba ni pateaba.

Rodeada de mantas en el sofá de la sala con una expresión de alegría en el rostro. Mamá jura que, cuando yo era bebé, lloraba muy poco.

Mamá pasándome loción después del baño (todavía puedo sentir el aroma a lavanda) y luego envolviéndome en una toalla suavcita con capucha.

Papá me grababa mientras me alimentaban, me cambiaban e incluso mientras dormía. Al ir creciendo, imagino que

esperaba que me diera vuelta, me incorporara y caminara. Sin embargo, nunca lo hice.

Pero sí absorbía todo lo que me rodeaba. Comencé a reconocer ruidos, olores y sabores. El silbido de la caldera al arrancar cada mañana; el olor penetrante y amargo del polvo mientras la casa se calentaba; la sensación de estar a punto de estornudar.

Y la música. Las canciones flotaban a través de mi cuerpo y permanecían dentro de mí. Dormía rodeada de canciones de cuna y de los suaves aromas que había a la hora de ir a la cama. Los acordes me hacían sonreír. Es como si siempre hubiera existido una colorida banda de sonido otorgándole música de fondo a mi vida. Cuando suena una canción, siento como si oyera colores y oliera imágenes.

Mamá adora la música clásica. Durante todo el día, suenan las sinfonías de Beethoven a todo volumen en su equipo de sonido. Al escucharlas, esas piezas siempre me parecen de un azul brillante y huelen a pintura fresca.

A papá le gusta el jazz y, cada vez que puede, me guiña el ojo, saca el disco de Mozart de mamá y pone un CD de Miles Davis o Woody Herman. Para mí, el jazz es color café tostado y huele a tierra mojada. A mamá la vuelve loca, lo cual podría explicar por qué papá escucha esa música todo el día.

—El jazz me da escozor —dice con el ceño fruncido mientras la música estalla dentro de la cocina.

Papá se dirige hacia ella, le rasca suavemente los brazos y la espalda, y luego la envuelve en un abrazo. Entonces ella deja de fruncir el ceño. Pero, apenas papá abandona la habitación, mamá vuelve a poner música clásica.

Por alguna razón, siempre amé la música country: el rasgueo de guitarra fuerte y nítido, la música que habla del corazón herido. Huele a limón: no es ácida sino dulce como el azúcar, y levemente amarga. ¡Como el glaseado de un pastel de limón y como la limonada fresca! ¡Puro limón! Me encanta.

Cuando era muy pequeñita, tengo el recuerdo de estar sentada en la cocina mientras mamá me daba el desayuno y, de la radio, brotaba una canción que me hacía chillar de alegría.

So I'm singin'

Elvira, Elvira

My heart's on fire, Elvira

Giddy up oom poppa oom poppa mow mow

Giddy up oom poppa oom poppa mow mow

Heigh-ho Silver, away

¿Cómo es que todavía me acuerdo de la letra y del ritmo de esa canción? No tengo idea. Debió haberse filtrado en mi memoria de alguna forma... tal vez desde un programa de radio o televisión. Fuera como fuese, prácticamente me caía de la silla. El rostro arrugado, me sacudía y me retorció mientras intentaba señalar la radio pues quería escuchar la canción otra vez. Pero mamá se quedaba mirándome como si estuviera chiflada.

¿Cómo podía entender que yo adoraba la canción *Elvira* cantada por los Oak Ridge Boys cuando yo misma apenas la entendía? Me resultaba imposible explicarle que, al escucharla, podía oler rodajas frescas de limón y ver notas musicales con tonalidades cítricas en mi mente.

Si tuviera un pincel... ¡guau! ¡Podría hacer un cuadro increíble!

Pero mamá solo atinaba a mover la cabeza y continuaba llenándome la boca con puré de manzana. Hay tanto que desconoce de mí.

Pienso que es algo bueno recordar todo, ser capaz de guardar cada instante de mi vida dentro de la cabeza. Pero también es muy frustrante: es algo que permanece allí dentro para siempre y no puedo compartirlo con nadie.

Recuerdo tonterías, como la sensación de tener una bola de avena pegada en el paladar o el sabor de la pasta dental en la boca.

Un recuerdo persistente es el aroma a café en las mañanas, unido al olor a tocino y al parloteo incesante de fondo, de los locutores de los noticieros matutinos.

Sin embargo, lo que más recuerdo son las palabras. Muy pronto descubrí que en el mundo existían millones de palabras. Todos los que me rodeaban podían proferirlas sin ningún esfuerzo.

Los vendedores de la televisión: *¡Compre una y reciba dos por el mismo precio! Es una oferta por tiempo limitado.*

El cartero en la puerta de calle: *Buenos días, señora Brooks. ¿Cómo está la beba?*

El coro de la iglesia: *Aleluya, aleluya.*

El cajero de la tienda: *Gracias por venir.*

Todos utilizan palabras para expresarse excepto yo. Y estoy segura de que la mayoría de las personas no se dan cuenta del poder que poseen las palabras. Pero yo sí.

Los pensamientos necesitan de las palabras y las palabras necesitan de la voz.

Me encanta cómo huele el pelo de mi madre cuando está recién lavado. Y la piel áspera del rostro de mi padre con barba de varios días.

Pero nunca pude decirles a ellos lo que siento.